

PALABRAS DE SILVIA LEMUS
DOCTORADO HONORIS CAUSA PARA CARLOS FUENTES
UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS

En nombre de Carlos Fuentes, leo algo que él escribió en su libro *En esto creo*: «Creo en la Universidad, la Universidad une, no separa, conoce y reconoce, no ignora ni olvida, en ella se dan cita no solo lo que ha sobrevivido, sino lo que está vivo o por nacer en la cultura, pero para que la cultura viva, se requiere un espacio crítico donde se trate de entender al otro, no de derrotarlo y mucho menos de exterminarlo.»

La Universidad y el totalitarismo son incompatibles, para que la cultura viva son indispensables espacios universitarios, en los que prive la reflexión, la investigación y la crítica, pues estos son los valladares que debemos oponer a la intolerancia del engaño y a la violencia.

Rector Magnífico de la Universitat de les Illes Balears y miembros del Claustro de la Universitat de les Illes Balears:

En nombre de mi esposo, Carlos Fuentes, para mí es un honor recibir el doctorado honoris causa que la Universidad de les Illes Balears ha tenido a bien concederle a título póstumo.

Si bien Carlos fue uno de los escritores más universales, y, por tanto, más libres de México y de nuestro tiempo, y su trabajo se centró fundamentalmente en cada uno de sus libros —en esa escritura clara y rigurosa a la que se entregó a diario, mañana tras mañana, sin mengua y sin descanso hasta el último día de su vida—, su vida también estuvo ligada a la academia y a las universidades.

Desde que de muy joven ingresara a la Universidad Nacional de México para estudiar Derecho, la única carrera que por entonces parecía apropiada para quien poseía una vasta curiosidad sobre el mundo y un precoz temperamento literario, Carlos nunca dejó de tener poderosos vínculos con distintas universidades del mundo, fuese como profesor o como conferencista, siempre decidido a compartir su experiencia —y, sobre todo, su pasión por la literatura, por la historia, por el arte— a jóvenes de muy diversas procedencias.

A lo largo de su periplo universitario —un verdadero itinerario académico—, Carlos recorrió los campus de las universidades de Darmouth, Cornell, Cambridge, Harvard, Princeton, Columbia, Pennsylvania y Brown, siempre entusiasmado con encontrarse y discutir con sus colegas, con husmear sin fin en sus avasalladoras bibliotecas y con transformar sus clases en auténticas charlas con los alumnos sobre todos los temas posibles, en ese arco cosmopolita que siempre procuró defender frente a la cerrazón de algunos círculos críticos o académicos.

Yo misma recuerdo algunos momentos luminosos de esa época, las distintas estaciones sucediéndose en los fríos territorios del norte —esos que Carlos y yo siempre alternamos con la calidez tropical de México—, la paz y la tranquilidad con nuestros hijos Carlitos y Natasha, sus primeros juegos y paseos familiares, al tiempo que el escritor se sumergía en sus mundos imaginarios o emergía para aconsejar a cualquier alumno que se le acercase.

Como han reconocido muchos de quienes lo conocieron a lo largo de distintas épocas de su vida, Carlos tenía una virtud que a veces escasea también en mi país: la generosidad. Indiferente a las pugnas y las rivalidades de nuestro medio literario, nunca dejó de alentar a los jóvenes. Los leía y descubría y, cada vez que le gustaba alguna nueva novela o alguna colección de cuentos, no dudaba en atestiguarlo.

Más allá de sus clases y conferencias, Carlos fue un auténtico maestro. Sus libros pudieron llegar a miles de lectores jóvenes, quienes los estudiaron con entusiasmo en las escuelas —pese a que en algún momento un funcionario mexicano quiso apartarla del currículum, *Aura* sigue siendo una lectura festiva en las secundarias y preparatorias de México— y en las universidades, formándose y aprendiendo de él. Carlos sabía que tenía todos estos lectores y jamás quiso distanciarse de ellos, de estos estudiantes voluntarios que cosechó en todo el mundo. De allí su voluntad permanente de conocerlos y dialogar con ellos, de no eludir ninguna invitación para encontrarse con sus lectores.

El trabajo del escritor es, lo sabemos, esencialmente solitario. En nuestra casa de Londres, Carlos se recluía a realizar el trabajo que más le gustaba, a escribir y escribir con denuedo, pero en otros momentos del año, aunque nunca abandonase sus sesiones matutinas, se prodigaba de un confín a otro del planeta, siempre abierto a forjar esa fértil comunicación con los jóvenes que solo tienen los maestros. Carlos me decía: «En México vivo las novelas y en Londres las escribo.»

Por otra parte, Carlos nunca se olvidó de sus propios maestros, a quienes recordaba siempre con admiración y cariño, en especial a los grandes docentes del exilio español en México, como Manuel Pedrozo en la Facultad de Derecho, o a figuras señeras de la cultura mexicana, como Alfonso Reyes; y se esforzó por mostrar que la continuidad de la cultura solo se produce en esta tradición de enseñanza y aprendizaje de los mayores a los menores.

Eternamente agradecido, procuró emular su ejemplo aquí y allá, sonriente y bien dispuesto, prosiguiendo el camino de las grandes figuras que marcaron su propia vida.

Además de gran novelista, Carlos fue por ello un gran educador, en la vena de otros intelectuales imprescindibles de América Latina, de Rodó a Vasconcelos. En sus ensayos, modelos de lucidez y coraje, exploró todos los aspectos de nuestra historia, de nuestra literatura y de nuestra vida pública con un rigor que jamás eludió la voluntad pedagógica —ni la belleza artística.

Confiado de sí mismo, escapó a la idea del intelectual que ha de permanecer encerrado en su torre de marfil, y prefirió nunca distanciarse de su entorno y dialogar con él, encarnizada y apasionadamente. De *La nueva novela hispanoamericana* a *Tiempo mexicano*, de *Cervantes o la crítica de la lectura* a *El espejo enterrado* o de *En esto creo* a *Personas*, Carlos quiso contribuir a la crítica de nuestra época y a ese diálogo público que constituye la base de nuestras democracias.

No obstante, es en su obra de ficción en donde más nos enseñó a todos. Sus novelas, cuentos y relatos nunca se perdieron en asuntos banales o anodinos, sino que buscaron insertarse en los discursos centrales de nuestro tiempo, trastocando la historia y jugando con ella, subvirtiéndola y amalgamándola para mostrarnos que todos los tiempos son un tiempo, y que vivimos en la confluencia de esa simultaneidad del pasado, el presente y el futuro, como en alguna ocasión escribió de él nuestro amigo Milan Kundera.

Hay muchas maneras de recordar a Carlos, yo me guardo las más personales, las más mías, pero estoy convencida de que una de ellas es la del investigador prodigioso y otra la del devoto maestro de las generaciones que lo sucedieron. Estoy convencida de que, si estuviera hoy aquí, con nosotros, disfrutando de este otoño en Mallorca, se sentiría particularmente orgulloso de recibir este doctorado honoris causa que le concede la Universitat de les Illes Balears, y segura de que lo celebraría aquí con la misma alegría y el mismo entusiasmo que siempre lo acompañaron.

Carlos Fuentes, además de todo lo que estamos diciendo, era un hombre sensual, que se enamoró del mar de Mallorca, de sus pinares, sus mares y sus puestas de sol, que veíamos juntos después de las seis y media de la tarde desde el balcón donde vivíamos en Formentor.

Muchas gracias.